

REFORMA SIGLO XXI

Estampas de la historia popular de Palaú: ¿Quién te hizo poeta?

■ ■ Amador Peña Chávez*

Venía Toño Maldonado por rumbo de la estación, posiblemente de Las Esperanzas, este mineral era su lugar de origen, pero vivía en Palaú, mismo que junto con Múzquiz era el triángulo de su recorrido cotidiano. Quién lo podría saber. ¿A dónde iba?, pregunta también incierta; de lo que sí estaba seguro quien lo veía de lejos, era que su sendero lo constituía el camino viejo del riel por donde trotaban sus botas y el blandir de sus brazos sacaban gajos al aire.

Su llegada era espectacular para nosotros de niños. No mostraba cansancio a pesar de su larga caminata.

—Ahí viene Toño “el loco” —gritó alguien y yo salí como disparado de mi casa.

Toño se había detenido con el “sillero”, así le llamaban al señor Amaya que trabajaba con la lechuguilla y la palma en la confección de mecates, cepillos, estropajos y que estaba a tres cuerdas y media de mi casa; ya para esas fechas en su negocio se concentraba a laborar con la hoja de palma en la confección de sillas. Esa fue mi primera impresión con este personaje popular, él a todo color y en persona, parado frente al sillero viendo como giraba el ixtle de palma hasta ir formando su rústico hilado.

—Da vueltas al malacate... —dijo a aquel hombre, regodeándose de su público infantil y una que otra persona curiosa que lo rodeaba contemplando la escena y continuó su alocución con donaire:

“Hilo venturoso
de la palma o lechuguilla
no envidies al algodón.
ni a la seda ni al sedal,
pues no es de oro lo que brilla
ni lo que es negro es carbón.
Tu torcedura amarilla
tiene mucho de mi mal,
pues la mano que te hila
si más te tuerce, mejor,
a ti te tuerce el hilero,
a mí me tuerce mi Dios”

Ha sido una de mis más gratas impresiones, allí, frente a mí, el más estrambótico de los personajes que ha dado esta región minera, vestido todo de negro, con una gorra prieta, sucia del polvo levantado en el camino, llena de colgijes de estampas, de listones, con una yompa de mezclilla que también alguna vez fue negra, un cinturón ancho de cuero y unas botas gastadas de tanto abrir los caminos; y sigue con su perorata:

—¿Que a dónde voy?, qué importa, si todos los caminos conducen a un lugar, ¿cómo beberse al mundo si no es con caminar? Mi camino empieza con la primera pisada de mis botas, y termina, cuando acabe yo de andar. Los caminos que recorra para mí son todos buenos, excepto, Dios me socorra del camino a los infiernos.

Y seguía con su paso de juglar, de trovador pueblerino que nunca pareció esperar que le dieran, sino que daba, daba versos que rimaban en camino y cielo, en flor y estrella, en vida y mundo, en sueño y esperanza.

Recibía siempre en pago, burlas e incomprendiones, él se daba cuenta perfecta de ello, pero sentenciaba:

—Ríanse de mí, carcajéense a sus anchas cuando me miren pasar, malo sería que, como otros, yo los hiciera llorar.

*Maestro en Lengua y Literatura Españolas por la Escuela Normal Superior del Estado. Estudios de postgrado en la Facultad de Filología de la Universidad Complutense de Madrid. Ha sido docente de varias instituciones en los niveles básico, medio superior y superior. Conferenciante, historiador, orador y declamador. Autor de más de una docena de libros en los que cultiva varios géneros literarios. Escribe para la revista *Crónicas del Camino Real* del Colegio de Investigaciones Históricas del Centro del Estado.

Lo seguí mientras continuó caminando en medio de la calle desparramando versos:

—Perro que ladra, es que le dan de comer, ¿tú crees que puede ladrar un perro hambriento?

Al ver a una dama vestida de un color eléctrico no dudó en afirmar:

—La mujer que viste de amarillo es porque no halló otro color de retazo en el tendido.

Cuando llegó a la tienda de los Elguézabal, una de las dueñas le dio un poco de queso, él, recargado en una de las puertas, comió como si fuera un gran bocado, al terminar en agradecimiento de sus atenciones les regaló un verso:

—Doña Nati pa' el menudo, doña Cata pa' los tamales, pero para buenos quesos están los Elguezabales.

Era cierto, doña Cata había ganado fama por sus tamales y quién no conoció a doña Natividad con sus "ollonas" siempre hirvientes de menudo a la orillas de los rieles que por la noche era una delicia culinaria, cabe agregar que los Elguézabal, aparte de abarrotos tenían una cremería en Múzquiz.

La tienda de don Secundino Becerra era una de las más importantes en Palaú, por su extenso surtido y por su número de dependientas, casi todas mujeres que se apilaban cuando no había clientela fuera de los mostradores para cuchichear y ver quien pasaba por la plaza que quedaba precisamente enfrente.

Entre las dependientas no faltaban las bonitillas, que por coincidencia eran siempre las más insulsas. Una de ellas era "güera" como dicen en Palaú y tenía ojos impresionantemente azules. Al pasar Toño frente a ésta última, yergue el pecho y con voz engolada le dice:

—“Llorará llanto de sangre / mi corazón por sus quejas / si al mirar cuando tú pasas / frente a este enamorado / lloraré si no me dejas / verme al fin sueño dorado / en los dos lagos calmados / que duermen bajo tus cejas.”

La aludida, sin entender el canto de aquel soñador, irrumpe en una sonora carcajada. Toño sin inmutarse siquiera por la burla, se dirige a otra chica morenita que parecía más seria:

— “Señorita linda y pura / el fruto más venturoso / de este jardín tan florido / qué te daría este cantor / por tu admirable hermosura / que fuera bueno y valioso / y que no hayas recibido, / sólo puede darte amor / perdona bella criatura / si es lo único grandioso / que puede darte surtido / este pobre trovador.”

Las dependientas se miraban unas a otras extrañadas, sin comprender lo que sucedía, la más ignorante de todas creyendo que eran groserías le grita resuelta:

—Váyase viejo mugroso, si no, le hablamos a los de la comandancia.

Toño las mira con un dejo de tristeza.

—¡Pobres! —alcanza a musitar y desde en medio de la calle, mientras que es desdeñosamente observado por las dependientas y fuertemente alumbrado por el sol canicular, con toda su fuerza se despide con sus más dolidos versos:

“Cunino,
comerciante respetuoso y fino,
en su tienda vende de todo
abarrotos, mercería, buenas frutas
lástima que sus dependientas
sean una bola de... ¡brutas!”

Un día un comerciante que se encontraba esperando el camión a Rosita, se le hizo fácil chancearlo y le pregunta:

—Si eres bueno pa' los versos, a ver, ríname: miércoles, eh, reloj, ¿verdad que no?

Toño sonrió.

—De dónde eres —le preguntó al vendedor— Ah, pos de Cloete, —a lo que Toño respondió:

“Ay Cloete, Cloete donde el que no es minero es... comerciante.”

Y culminó con una sonora carcajada debido a que la rima que omitió y que se sobreentendía, ofendía al tipo y lo hizo encorajinarse al entender las intenciones del versero.

Cierta ocasión, los señores que iban de tercera y esperaban el camión que los conduciría a la mina, se encontraban relajando, así es que al ver a Toño acercarse al lugar pensaron que iban a pasar un rato divertido, uno por ahí toma la delantera y le pregunta:

—Toño, ¿qué pregonas aquí, si tú no eres ni de Palaú?

A lo que el aludido responde con un tono profundo:

“Palaú, tierra bendita
creciste entre tiros viejos,
tus mujeres son bonitas
y tus hombres son... ¡mineros!”

Sabia descripción del mineral que se fue desarrollando conforme se iban agotando los veneros, primero el Uno, después el Dos, que quedaba en lo que hoy es el centro del poblado, luego el Dos y Medio, el Tres, Cuatro, Cinco, con sus respectivos medios y luego, La Paloma que en ese tiempo era el fundo de explotación, de tal manera que alrededor de los tiros se fueron poblando hasta lo que con el tiempo conocemos como Palaú, “crecido entre tiros viejos”.

Otro minero más abusado, le cuestiona inmediatamente haciendo alarde de sus términos disque poéticos:

“¿Cuál es el lado de tu hado
en el rumbo de tu sino
mi buen Toño Maldonado?”

A lo que el buen Toño responde no solamente rápido, para lo que era bueno, sino que además en forma ingeniosa:

— “Mi hado es el camino / por ustedes caminado / pero el de mi destino / es el del Señor Sagrado.”

Mientras uno que otro chispa sonreía, Toño continúa:

—Bienaventurados los que trabajan en el seno de nuestra madre tierra, porque están más cerca de su corazón. Señores, que el manto de la Gloriosa Virgen María los proteja, que la fuerza omnipotente de Nuestro Señor, les dé la fortaleza para sacar el trabajo y obtengan el sustento que habrán de

prodigar a sus amadas familias, Dios los ayude y los proteja siempre.

Nadie dijo nada, lo vieron partir confundido entre el negro del suelo y de la noche; se miraron con cierto sopor unos a otros, cuando llegó el ruidoso camión, subieron sin empujones ni bromas, cuando el chofer tomó rumbo a La Paloma, por el silencio imperante parecía que iba solo.

Un sábado de movimiento comercial en uno de los tendidos de los Arteaga o de Eleuterio Ontiveros no sé quién de ellos le preguntó:

—Toño, ¿por qué tanto colguije en tu sombrero?; ¡viste bien, qué te cuesta! ¿No te da vergüenza ir así tan...?

—Primero —responde Toño—, el que viste así soy yo; luego, lo que porta mi sombrero, pues no estás para saberlo, pero... mira: la imagen de mi sombrero es la Morenita de Guadalupe, amiga, novia, madre y compañera de mis caminos, la que me protege siempre y me bendice y vela por cada uno de mis días o años que siga viviendo; el sagrario de la Santa Cruz, me recuerda que no debo olvidar mi propio calvario, caeré mil veces bajo los pesados maderos de la vida, pero volveré a levantarme. San Cristóbal —prosigue— en este sagrario, lo llevo para que me auxilie en el viaje y me conceda siempre llegar a donde voy; estos listones, el rojo, es la sangre, el coraje, la pasión para enfrentarme a los azares; el azul, para ser fiel con mis ideales, el amarillo es el color del trigo, del pan y de la nata de la leche, me recuerda que tengo que alimentarme; el negro, es mi luto eterno que guardo por la muerte de mis seres más queridos, por los que se me han ido adelantando en el camino y me recuerdan que un día también tengo que morir; el blanco, la pureza de mis acciones, apego a las virtudes, pudor en las bondades; el rosa, el amor, pero el más grande, el del prójimo y de todas las cosas que me dio Dios, por eso es tierno y encarnado; este ojito de plomo, para abrir siempre mis ojos y no olvidar que todo lo que vea lo hizo Dios, pero que debo distinguir lo bueno y lo malo, la belleza y la fealdad que parece que Dios las puso juntas y nos permitió el albedrío para poder separarlas; los pies de plata, para que mis pasos nunca se cansen y que mis botas sean amigas de los caminos, todos los caminos siempre llevan a un lugar, el único camino que no espero andar es el que me quiera llevar al infierno, para esto

me acompaña también el Santo Niño que me cuida de todas las maldades; la rosa, con ella llevo siempre la belleza y el perfume, el candor, la ternura y este clavel rojo junto a mi pecho, representa mi pasión, el corazón hecho flor, mis sentimientos más puros que me mantienen en este valle de lágrimas y que son: la gratitud, mi fe, mi esperanza y mi amor, mi amor por la vida y lo que ella representa, un camino, la sombra de un árbol, el murmullo de un río, el brotar de un capullo, el atardecer con su sol moribundo y la cobija negra en que duermo, la noche; y las monedas, mi dote y mis caudales que cuento diariamente para conciliar el sueño, la luna, como mi moneda grande y como monedas chicas, las estrellas.

Aquel Señor que pensaba pasar una buena chanza con el “loco” se quedó pensativo, cuánta razón había en los pensamientos de aquel extraño personaje para todos sin razón.

—¡Gracias amigo! —le dice arrepentido— sigue tu buen camino y que Dios siempre te acompañe.

Toño se acomodó su guaripa, se colgó su morral en el hombro y antes de despedirse le ofreció unos versos:

—“Aunque me cierres la puerta / con candados y postigos / y me vieras cual si fuera / la más apestada afrenta / poniendo Aquél por testigo / si tu mano la mía acepta: / aquí tienes un amigo.”

Lo vio partir, algunas gentes que se encontraban por ahí, se acercaron para verle pasar, más por curiosidad y burla que por otra cosa, le dijo algunas cosas a un perro que insistente le ladraba y como llegó, se fue, sin dar razón de donde venía ni a donde iba, así fue siempre.

¿Dónde quedó Toño?

Conocí a Toño Maldonado durante la década de los cincuentas, para 1960 en que mi familia decidió cambiarse a Monclova en búsqueda de nuevos horizontes, sinceramente no me volví a acordar de él. En 1976 en Oxford, Inglaterra, buscando a Gerardo Múzquiz Berumen con el fin de que me ayudara para poder salir del país, ya que había una prolongada huelga en el aeropuerto y había agotado mi presupuesto, Gerardo por mala suerte, había salido a Bruselas, así que tuve que esperarlo

desde el viernes, hasta el lunes que supuestamente regresaría, vagué solo por la vieja ciudad de mayor tradición universitaria de la isla.

Buscando hacer tiempo, me senté en una banca de un parque lleno de estudiantes que celebraban algo que no entendía de qué se trataba, detuve mi vista en un grupito que se solazaba divertidamente, me acerqué y entendí que el motivo era un tipo estafalario que les arrancaba la risa, su sombrero lucía plumas, medallas y distintos emblemas, escudos, corcholatas, un saco raído y sucio y unos zapatos grandes y rotos, aunque les hablaba con cierta solemnidad como recitando algo que no pude interpretar, lo que sí fue evidente era que arrancaba con facilidad la risa de los muchachos que lo rodeaban jocosamente.

Allí precisamente me acordé de Toño. La nostalgia, la soledad, el destino incierto me hicieron adquirir una actitud filosófica y el recuerdo de este personaje ya no se me volvió a separar. “¿Qué sería de Toño?”, me pregunté muchas veces y escribí en mi bitácora de viaje, buena parte del poema dedicado a él, *Poeta de mi pueblo*.

Al llegar a México, después de atender los compromisos más urgentes, viajé a Palaú con la intención de buscarlo, tenía que encontrarlo, era muy importante para mí, creía tener la madurez necesaria como para entenderlo y de tal vez rescatar algo de su ingenio que se había interpretado como locura. Pregunté de inmediato por él.

—Ya murió —me dijo mi tía Chanita—. ¿Pero... cómo?, ¿Por qué? ¡No era tan viejo! —reproché incrédulo.

—Toño era nativo del mineral de Las Esperanzas, Coah., —añadió otra persona—. Era apuesto, buen mozo, de atractivo bigote y ojos azules. Por cierto, creo que incluso su abuelo era libanés.

—Pero un día una mujer se enamoró perdidamente de él y como éste no le correspondió, cuentan que le dio unos brebajes en la bebida que lo volvió loco, empezó a comportarse de una manera extraña, a no averse, a no importarle su forma de vestir, tal como tú lo conociste.

—Bueno —insistí— pero ¿cómo murió?

—Pues hay dos versiones; una, que tuvo dificultades con la policía, no sé qué les dijo, que éstos lo encarcelaron y golpearon fuertemente, como pasa a veces con genizaros ignorantes que armados con pistola y macana se creen dueños de vida y obra de los que caen en sus manos. Para justificar su “accidente” lo rociaron de petróleo y para borrar todo signo de violencia le encendieron fuego y reportaron simplemente: “Toño en su locura, por no sé qué razón, se prendió fuego”. Y allí se cerró el caso.

Alguien contó que desesperado pidió por la ventanilla rejada que daba a la calle a unos niños que le trajeran en unos envases, quien sabe de dónde pudieron haber salido, le trajeran petróleo de una tienda que vendía ese producto y que no estaba cercana, con qué dinero y de qué forma convenció a las criaturas de tal pedido, cuando reunió lo suficiente, ¿cuánto pudo haber sido?, simplemente se rocío y se prendió fuego.

Las versiones son de lo más inconcebible, no obstante que se arguye que su aparente “locura” era cada día más grave.

Así terminó Toño sus días, me hubiera gustado, desde el fondo de mi corazón para él, otro final, que simplemente se hubiera perdido en uno de los caminos que tanto anduvo y amó, o que hubiera amanecido sorprendido por la muerte en alguna banqueta donde a veces dormía y no este final que a todas luces parece increíble.

Con el infierno de su desenlace, Toño purgó sus pecados, si es que acaso tuvo algunos, aquí en la tierra, sus verdugos lo liberaron de pagar cualquier castigo ultraterreno.

Murió Toño, quién le volverá a cantar al camino y a los rieles, a la tarde y a la rosa, a la belleza, a la mujer y al minero, con Toño, abandonó a la región, huraña, la poesía que en él había encontrado al mejor de los intérpretes.

Los caminos se volvieron polvorientos y solitarios, aunque una vez los haya bautizado como vino para beberse el mundo: “Mi camino empieza con la primer pisada de mis botas y termina cuando deje yo de andar. Los caminos que recorra, para mí son todos buenos, excepto, Dios me socorra, del camino a los infiernos”, que indiscutiblemente pagó en esta tierra.